

## EL MEJOR AMIGO DEL PERRO

Por Gerardo Ruiz Miñán

Parado en la puerta del hospital, Genaro esperó a que el taxi cuadrara frente a él y que el chofer tomara sus maletas. Estaba agotado y tenía los testículos desinflados de tanto medicamento. Lo único que deseaba era llegar a su casa, donde lo esperaba una rutina que incluía el geniograma, un televisor de veintiún pulgadas con sonido surround y su programa La Hora N. Luego de atravesar un par de distritos el taxi se introdujo en San Isidro. Con el viento revoloteándole las canas, Genaro inhaló los jardines y sus árboles. Estaba contento de regresar a la normalidad. El doctor le había dicho que después del infarto tendría ganas de hacer cosas distintas y que las tomara con calma. Él, aunque conciente de que recién lo habían dado de alta, no deseaba ni pensaba hacerlas. A lo más cumpliría con el ejercicio recetado y el evitar tanta sal en el churrasco. A Genaro se le hizo agua la boca hasta que el taxi pisó un cráter de la avenida Salaverry y se le ensangrentó la saliva por un mordisco en la lengua. El chofer detuvo el auto y bajó. *Voy a tener que cambiar la llanta, míster.* Genaro, chino de dolor, también bajó. Lo alivió observar al conductor realizando un acto tan cotidiano, algo muy lejano a lo que sucedía alrededor de una cama de hospital.

Primero desajustó los pernos y luego operó la gata. Genaro estaba absorto por la destreza del hombre. La imagen desolada de un perro al otro lado de la calle fue lo único que rompió su hipnosis. Estaba echado en el suelo, amarrado a la reja de una tienda de mascotas con un letrero que prácticamente lo regalaba. Era negro con aceptable corpulencia y de edad confusa. Genaro, al notar que el animal dirigía la vista en su dirección, dio un pisotón en la vereda para ver si éste reaccionaba, pero sólo irguió la cabeza, se rascó y continuó igual que antes. Ni siquiera tuvo la intención de espantar a la paloma que aterrizó cerca a él y le rozó el hocico con el ala. Simplemente dejó escapar un suspiro deprimido, y el ave, ante tanta monotonía, despegó en otra dirección. En el otro extremo de la calle el chofer ajustó la llanta de repuesto, le avisó a Genaro que subiera al carro y arrancaron. El perro permaneció inmóvil.

Al llegar a casa se quedó de pie un minuto en la puerta antes de entrar. Tras dar unos pasos por la sala, reaclimatándose al terreno, comprobó que su geniograma, el veintiún pulgadas y La Hora N ya no le parecían tan atractivos como en la puerta de la clínica. Genaro subió de frente a su cuarto, se echó en la cama y permaneció despierto, preguntándose si algún día le sería indiferente que una paloma le rozara la boca a él. ¿Acaso sólo dos semanas al lado de una enfermera lo habían desacostumbrado a su aislamiento habitual? No pudo dormir bien esa noche ni la siguiente semana. Se levantaba en las madrugadas y el sueño se mimetizaba con el televisor. Sus ojeras recién comenzaron a desaparecer la mañana en que se dijo *tal vez si corro, el cuerpo me empieza a pedir sueño.* Y olvidando el calentamiento previo, salió hacia la Salaverry.

A un lado de la berma, bajo uno de los tantos árboles que flanqueaban el recorrido, Genaro intentaba recuperar el aliento. Se había acelerado un

poco, aunque no lo notó en su pecho sino en su sistema digestivo. Por su costado, los demás corredores pasaban concentrados en lo suyo. La única persona que se detuvo al cabo de un rato a saludarlo fue la morena que trabajaba en la panadería de por su casa, que se dirigía allá con su mandil y un prendedor que decía su nombre: *¿cómo le va, señor Genaro? Ya lo queremos ver por la panadería, ¿ah?*, dijo algo apenada. *Sí, ya estoy yendo por ahí en cualquier momento*, y ella siguió *pobrecito, no se nos vaya a caer de nuevo, señor, ¿ah?, me pegó un buen susto ese día, todos sus panes se regaron por el piso y yo no sabía a quién llamar para...* Un desconocido pasó corriendo cerca de ellos, y Genaro, conservando la paciencia con la morena *por favor, olvídese, no tiene de qué preocuparse, no fue nada*. No supo con seguridad si fue el bajón que le causó la deshidratación o el comentario sobre la panadería lo que hizo que por vez primera tuviera vergüenza de su propia soledad.

De regreso a casa, decidido, se detuvo en una esquina y tomó un taxi que lo dejó frente a la tienda de mascotas. Una mujer joven, aunque de piel percutida y con ojeras acentuadas por su palidez, llegó poco después que él y amarró su perro a la reja de la entrada. Llevaba sandalias y el ombligo descubierto. *Perdón, señorita*, intervino Genaro, *hace poco me pareció ver que su perro estaba en venta*, y ella, conteniendo el humo de un cigarro *todavía lo está, lo dejo acá para que lo vendan por mí*. Genaro se tomó la barbilla, evidenciando interés. *Y no es mío* aclaró la mujer, mientras el animal le lamía los pies, como si se disculpaba por alguna diablura. *Perdón, pero, ¿me podría decir entonces por qué quiere venderlo el dueño? Ya no es precisamente un cachorro, ¿no?*, curioseó Genaro. La mujer dio una pitada e hizo una breve pausa *el perro era de mi esposo. Falleció*. Genaro, incómodo, se limitó a preguntar por las vacunas. Ella respondió seca y cordialmente, y apenas él le pagó salió de la tienda sin mirar atrás. El perro, sorprendiendo a Genaro, estuvo cerca de romper la correa por intentar ir tras ella.

Esa noche, echado en su dos plazas, Genaro pudo burlar el insomnio. Negro, como le llamó al perro más por su aire misterioso que por su pelaje, descansó debajo de la cama. A mitad de la noche, bajo la luz del televisor, el animal rampeó fuera de ésta y bajó a la cocina. Emulando a un lobo que extraña a su hembra se paseó por la sala y caminó sobre el sillón de un extremo a otro. Todavía a oscuras, ya agotado, subió de vuelta al cuarto, donde la recreación de una escena en un programa de médicos en el Discovery Health se le quedaría grabada. Un hombre con la mano en el pecho y preso del pánico acababa de caer al piso en una playa de estacionamiento, sin nadie a su alrededor. La expresión en el rostro del moribundo se mantuvo desencajada hasta que las convulsiones cesaron y se quedó quieto, con los ojos abiertos.

A Genaro se le fue haciendo un hábito salir a correr después de tomar el desayuno. Sujetado por la correa Negro corría a su lado con la apatía de siempre. Al menos ahora somos dos solitarios haciéndonos compañía, pensaba Genaro. Fue en uno de esos trotes cuando, oxigenándose al lado de una banca, una mujer se les acercó y comenzó a trotar en el sitio. *Qué lindo tu perro*, dijo, *¿cómo se llama?* Genaro la reconoció por los periódicos, era una joven y conocida actriz. *Negro*, le respondió, antes de

explicarle la verdadera razón del nombre y de paso preguntarle el de ella a pesar de ya saberlo. Angélica se agachó y acarició al perro, que se revolvió en el suelo estrenando una actitud juguetona. *No me parece tan misterioso*, rió, logrando que el animal agitara la cola de manera alocada en cada una de sus caricias. A diferencia de su anterior dueña, su piel blanca era tersa, su sonrisa amenazante para el gris limeño y su aroma lejano al del aliento a tabaco. Ella y Genaro conversaron hasta que el enfriamiento los obligó a despedirse y dejar al azar el próximo encuentro. Negro y su dueño la vieron irse patentando un trote travieso, motivando casi hasta a los árboles a aferrarse a su parte trasera para polinizarse; fue suficiente para volver a inflar los testículos de Genaro.

A ese primer encuentro le siguieron otros más, y los kilómetros corridos por Genaro, Angélica y Negro se fueron perdiendo en el conteo. Ni siquiera los lunes por la mañana podían contra las ganas de trotar. El trío marcaba su propio ritmo por la berma, reservando suficiente aliento para la conversación. Autores, política, actualidad y uno que otro ladrido entusiasta de un Negro que, desde la llegada de Angélica, había renovado radicalmente su ánimo. Terminada la carrera estiraban las piernas y reemplazaban el sudor por Gatorade. El perro había dejado entender que también se le debía dar el líquido colorido. No se lo dieron sólo una mañana en que se distrajeron porque Angélica tuvo la iniciativa de expandir la amistad e invitar a Genaro a la obra de teatro donde actuaba. Él aceptó nervioso y decidió regresar a casa para alistarse, a pesar de que faltaban unas doce horas para la función. Le alegró darse cuenta de que atrás iba quedando su época de geniograma, televisión con surround y Hora N, y para agradecerlo tenía a Negro, que le gruñó por haberlo excluido del ritual Gatorade.

Doce horas de ansias. Genaro estaba vestido para la función. Se había desacostumbrado a salir de noche. Inclusive Negro, que llevaba poco tiempo en esa casa, lo miraba como a un sospechoso. En el espejo del baño Genaro se dio un vistazo general. Se revisó el afeitado, el cuello de su camisa, los botones... cuando llegó a la correa del pantalón encontró al perro reflejado tras él, clavándole los ojos sin mover un pelo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y debilitó sus rodillas. Negro advirtió el desconcierto de su dueño y se fue al cuarto. Su forma de caminar aparentaba complacencia. Bajo las luces del escenario, admirando a Angélica en personaje, Genaro olvidó el incidente. Sentados en el café le comentó lo que opinaba sobre su actuación y la trama. A ella le era difícil no achinar los ojos cuando él le hacía un comentario interesante *tú me vas a dar la plata si algún día necesito operarme las patitas de gallo*, le dijo bromeando. Después de caminar a casa amarrados de los brazos, ella lo apretó contra sus senos y le dio un beso. Genaro se despidió temprano, avergonzado por estirar el elástico de su ropa interior, ignorando que eso la puso muy contenta. Negro amaneció en el piso, revuelto en la ropa que su dueño vistió para ir al teatro. Estaba impregnada con el aroma de Angélica.

En los siguientes trotes Genaro y Negro le dieron rienda a un juego implícito que se podía dar por instinto: cuando el primero rozaba la mano de Angélica, el segundo saltaba entre ellos, y cuando el segundo se echaba en los breves descansos, buscando una rascada de panza de la actriz, el

primero reiniciaba la carrera. La situación se densificó cuando Angélica conoció la casa de Genaro. Los dos fueron a un restaurante japonés y saliendo de éste, ella, envalentonada por el sake, se invitó a sí misma a tomar un último trago. Al verla en la sala Negro giró imitando al demonio Taz y frotó las pantorrillas de la mujer con su lomo. Ella lo acarició y se dejó hacer cosquillas. Luego Genaro marginó al animal y acaparó a la visita, y cuando fue a la cocina para buscar hielo, Negro lo siguió. Erizado hasta la cola, el perro se cuadró frente a él, mostrándole la punta de los colmillos. El escalofrío de la noche anterior volvió a atacar a Genaro con mayor intensidad. *Qué te pasa, loco*, dijo en voz baja. Negro olfateó el temor y salió de la cocina a un compás burlesco, para plantarse al lado de Angélica. Esta vez le fue más difícil levantar a Negro y alejarlo de la invitada, que entibiada por el alcohol le hacía al perro más cariño que de costumbre. Pero tampoco se quedó atrás con Genaro, que logró quedarse a solas con ella y subir al cuarto al cabo de un rato. Angélica, con la lámpara prendida, le iba a enseñar un cuerpo formado durante años de ensayos para seguidamente ensamblarse a él, haciéndolo aparecer y desaparecer, repetidamente. Casi inaudibles, sus gemidos se fueron entremezclando con unos gruñidos provenientes desde la puerta de la habitación: abajo, entre las entrañas de Negro, un punto rosado comenzaba a sobresalir. Excitado. Creciente.

Genaro despertó con una nota firmada por Angélica pegada en la mejilla; le pedía encontrarse en la berma. Boca abajo y con la frente escarchada de sudor frío le murmuró a la almohada *no me siento bien*. Los tragos, el sexo... Varias vueltas en la cama lo ayudaron a rifar la decisión de ir o no. Fue la posibilidad de darle una mala impresión a Angélica lo que hizo que se levantara y, relegando su fatiga, saliera con el animal. En la berma, Genaro y Negro esperaron a una Angélica que les daría el encuentro demasiado tarde. Genaro quiso volver a casa pero el perro templó la correa de cuero con la fuerza que tendría el desfogue de una frustración; estaba retando a Genaro a iniciar el trote, pero éste, reducido por la energía del animal, optó por regresar a descansar. En el camino a casa reapareció el andar burlesco de Negro, refregándole a su dueño los escalofríos de antes, y embutiéndole un sabor a viejo débil y asustadizo. Empalagado de ira Genaro dio media vuelta hacia la berma.

Durante varias cuerdas el hombre llevó la delantera, dándole al perro continuos tirones para demostrarle su superioridad. Sólo perdió la ventaja cuando le falló la respiración y se desplomó en el piso. El caos en su pecho hizo retumbar su camiseta e inquietó a otros corredores a que acudieran en su auxilio. El pánico en su rostro coincidió con el del actor en Discovery Health. Negro reconoció la intensidad en la expresión de Genaro e intuyó lo que sucedía. La correa, entrelazada en los dedos del dueño, se volvió a templar: el perro saltó en círculos alrededor de él y, enseñando la raíz de sus colmillos, amenazó a cualquiera que intentó acercarse. La agresividad del animal desapareció apenas la camiseta de Genaro se quedó quieta, y su espera acabó al poco rato, lamiendo los pies de Angélica, como si se disculpaba por alguna diablura.

**Gerardo Ruiz Miñán** (Lima, Perú, 1974)

*Realizó estudios de Economía y Artes escénicas. Es cineasta autodidacta. Ha realizado 4 cortometrajes, los cuales han recibido premios y participado en festivales. Ha publicado Rasque para oler (2002) y Arriba está Solano (2004). Actualmente se dedica al cine y a la publicidad y prepara su primer largometraje. "El mejor amigo del perro" fue publicado por la editorial Sarita Cartonera ([www.saritacartonera.com](http://www.saritacartonera.com)).*

*Puede contactar con Gerardo Ruiz Miñán al siguiente correo electrónico: [geradoruizminan@yahoo.com](mailto:geradoruizminan@yahoo.com)*